

¿no pone el colmo al respeto que tiene la Religión por estas mismas obras? Preciso es que la autoridad de este Santo esté bien sólida, constante y universalmente establecida en la Iglesia, quando para huir los hereges de sus anatemas, no creen hallar mejor medio que el de encubrirle con su autoridad.

Los hereges de los últimos siglos imitan á los de el en que vivió nuestro Héroe. El espíritu de error siempre es el mismo. El despecho y la venganza armaban á los Manichéos contra *San Agustin*. Menos se atemorizaban por los combates que les presentaba, que por la amarga memoria de haberle tenido entre los de su partido, y no haberle podido conservar en él. Al paso que el Santo mostraba ser un rayo que les abrasaba, se alababan ellos de que era su enemigo por política y su amigo en secreto.

¿De quantos medios se valió Pelagio para seducirle? Para justificarse este herege, abusó de la autoridad de *Agustin* contra el mismo *Agustin*. Llegando á ser su discípulo el Obispo de Hipona, se prometia Pelagio la ruina de la Iglesia. Así como la autoridad de *Agustin* era verdaderamente fatal para la heregía; así tambien era él solo capaz de descargar tales golpes sobre el error, que absolutamente no se pudiera mover. Así lo pensaba la Iglesia; y aunque los mismos hereges se hubieran alegrado de ello, no podian ya desmentirse. Solo con que se oyese entre ellos el nombre *Agustin* bastaba para sobresaltarse y llenarse de terror y desesperacion. Casi tanto temian sus virtudes como su doctrina.

na. Su virtud condenaba sus vicios. Su doctrina trastornaba sus sistemas, naciendo de esta preocupacion tan grande la universal autoridad de *Agustin*. ¿Acaso no es este capaz de contrarestar por sí solo á todos los enemigos de la Religión? Sí: él es suficiente para destruirles con su penitencia, para combatirles con sus talentos y para confundirles con su autoridad. En efecto, él solo es suficiente para pelear y triunfar de todos. *Manus ejus contra omnes.*

SEGUNDA PARTE.

San Agustin es el panegirista de la Religión contra aquellos que sustancialmente la contradicen: él es el oráculo contra los que la atacan con su doctrina: el defensor y la viva imagen contra los que la asestan en sus costumbres. Esta es la causa de que él solo baste para todos los enemigos de la Religión, y de que triunfe de todos ellos. *Manus ejus contra omnes.*

Habiéndose colocado el christianismo en el trono de los Césares de mas de un siglo á aquella parte, hacia cada dia nuevos progresos; pero sin embargo de esto, no estaba el paganismo totalmente extinguido (1). Debaxo de las ruinas de sus templos tenian aun los ídolos secretos adoradores. Los altares que la autoridad de Constantino habia hecho derribar en toda la extension de su imperio, se hallaban en el corazon de los pueblos. Parecia que

(1) El Abate Houtteville en su *Relig. Christ. probada con los hechos*, Disc. prelim.

que las antiguas victorias que atribuía públicamente el error á sus inútiles Dioses, se prometian otras nuevas. Por una encadenacion de desgracias que experimentaba el império, llegó á ser Roma la presa de un bárbaro vencedor: á vista de lo qual, y de la inesperada ruina de aquella potencia tan formidable en otro tiempo, parecia que por todas partes se anunciaba á los supersticiosos sectarios del paganismo la justa venganza de los Dioses irriados. Esta preocupacion tan sin sustancia, se comunicó, esparció y acreditó en muy breve tiempo. El christianismo vino á ser el objeto del aborrecimiento popular. En su inteligencia no era otra que él la causa de tantos males y desdichas como se habian experimentado. Se persuadian que Roma no habia dexado de ser señora del Mundo, sino porque habia dexado de ser hija de sus Dioses. Arrastrado del entusiasmo, llevó aquel inconsiderado pueblo sus clamores hasta los pies del trono, no esperando la persecucion, hasta entonces suspendida, sino un príncipe que favoreciese sus furoros para vengar con la sangre de los christianos la pretendida deshonra del paganismo.

¿Quién será, pues, el apoyo de la Religion tan injustamente atacada? *San Agustin.* Con él solo tiene bastante. A ninguno otro le está reservado ensalzar la verdad del christianismo á costa de los despojos de la idolatria. Aquella será la que triunfe de esta.

¡Que no tuviera yo la sublime eloqüencia de *Agustin* para trazar el plan razonado de la

mas

mas perfecta de sus obras (1)! ¡de aquella obra donde por la victoriosa fuerza de sus demostraciones descubre la injusticia de los Paganos, y les hace ver, que si ellos se libraron de las desgracias que padeció Roma fué por causa de esta misma Religion á quien atacaban, encontrando al abrigo de un Dios crucificado la salud y el consuelo que en vano esperaban de sus impotentes simulacros! Con que expresiones tan nobles les pintaba en aquellos públicos y desgraciados tiempos la visible ventaja de los Christianos con respecto á los idólatras! Todo se acaba sobre la tierra para el infiel, les decia nuestro Santo, desde el mismo instante en que perece. Como triste víctima de su desesperacion, aguanta sin consuelo, y sin tener quien le consuele: mas el christiano, sosteniéndose poderosamente en sus desgracias por medio de su fe, queda inmutable y permanece tranquilo en medio de sus ruinas. ¡Que descripcion tan viva y tan arrogante hace de las infinitas desgracias que padeció el imperio Romano ántes del nacimiento del christianismo! ¡Quan bien hace conocer á los Paganos, que los crimines dispuestos, y aun autorizados con el exemplo de sus mismos Dioses, son la primera y única causa de sus desgracias; y que la suerte de los combates, y la revolución de los impérios, son efectos de una sabia Providencia, y no obra de un ciego destino! ¡Con quanto orden y facilidad explica en el mismo libro la creacion del hombre y su primer esta-

(1) De la Ciudad de Dios.

do: su voluntaria caída y las fatales consecuencias de su pecado: la encadenacion, antigüedad, relacion y cumplimiento de las profecías; y el triunfo tan rápido del Evangelio en medio de unas persecuciones capaces de abogar al christianismo en su cuna; si los esfuerzos del hombre pudieran trastornar la obra de Dios! ¡Con quanta solidez establece la economía de la salvacion de los hombres por Jesu-Christo: las penas presentes y la gloria futura; y, en fin, quantas partes de la Religion, acertadamente reunidas comprueban la excelencia, demuestran la verdad y hacen palpable la eterna duracion! Todo quanto concierne á la Religion lo trata en el inimitable libro de la *Ciudad de Dios*, como maestro y vencedor. Lo trata con aquella superioridad de ingenio, propia para confundir á los idólatras obstinados en su falsa creencia, y para confirmar á los christianos en los invariables principios de su fe. No ha producido la antigüedad sobre la Religion obra tan sabia. A todos quantos despues de *San Agustin* han emprendido un asunto tan vasto y tan difícil, les ha servido de modelo. En todos tiempos será el camino seguro de los sabios; y el inevitable escudo de los incrédulos.

Del mismo modo lo serán otras muchas obras en las que le reconoce el christianismo por su mas eloqüente panegirista. Todas se distinguen con este sello. Todas son dignas de semejante autor.

¡Quantos aplausos mereció desde el principio aquella obra tan sólida como brillante,

en

en que pinta (1) los caracteres esenciales de la verdadera Religion! Allí se manifiestan los trabajos de los Apóstoles y sus sucesos; los tormentos de los mártires y su constancia; las persecuciones de los tiranos y los triunfos de la Iglesia. En ella prueba evidentemente, que no es menester buscar la verdadera Religion entre los Filósofos que justifican con sus acciones el culto que condenan con sus discursos. No: no se encontrará jamás, decia él, esta Religion santa entre la idolatría, entre la herejía, ni entre el cisma: solo se hallará en la Iglesia católica: en esta Iglesia que está esparcida por todo el Mundo. Todas las demas Religiones son obra de los hombres: solo la Religion christiana es obra de Dios.

¡Que rasgos tan brillantes esparce sobre la doctrina Evangélica (2)! él explica sucesivamente la sabiduría de sus preceptos, la sublimidad de sus máximas y la perfeccion de sus consejos. ¿Qué diré yo acerca de su meditada explicacion sobre las Sagradas Escrituras (3)? Los concilios de Cartago y Numidia responderán por mí: uno y otro le encargaron el penoso cuidado de interpretar las obscuridades. Los mas célebres mirados acudían á él para que les aclarase las dificultades que se les ocurrian, y que para ellos eran insuperables. El solo supo penetrar todos los secretos, descubrir todas las preciosidades y for-

mar

(1) Verdad. Relig.

(2) Doct. Christ.

(3) Explic. de la Sagr. Escrit.

mar una coleccion de verdades con tanto arte, que de su encadenacion resultaba el plan general de la Religion christiana. Este plan razonado, pues, le descubrió *San Agustin* con igual fuerza en sus preciosos libros de la fé y del simbolo (1); de la fe y de las obras (2), y, sobre todo, en aquella profunda obra, en donde familiarizada su pluma con todas las pruebas de la Religion, sostiene la divinidad por medio de la reprobacion de los Judios (3), y de la vocacion de los Gentiles, predicho uno y otro en la antigua ley y justificado todo por la nueva.

¿Quien podrá contar los sucesos tan generales, rápidos y constantes que con aquellas obras diferentes se aseguran á la fé? Apenas se dieron á conocer, quando las recibió la Iglesia con aprecio, y las leía el paganismo con admiracion. Desde que vivió *San Agustin* hasta nuestros dias, no se ha cesado de recoger su fruto. Puede decirse, que si en el dia no subsisten mas que algunas tristes reliquias de la idolatría en los parages por donde anduvo nuestro Héroe, es por el zelo, los talentos y los escritos de este santo Doctor, á quien debe su ruina la idolatría, la Iglesia su gloria, y la Religion sus triunfos. Pero estos á la verdad van á mudar de objeto. Aunque panegirista de la Religion contra los que la atacan en su esencia, no por eso dexa de ser su orá-

- (1) De la Fe y del Símbolo.
 (2) De la Fe y de las Obras.
 (3) Tratado contra los Judios.

sulo contra aquellos que lo executan en su doctrina. *Manus ejus contra omnes.*

La heregía es una hydra de cien cabezas, que aunque se la corte una inmediatamente renace otra. Cuidadosa siempre de juntar el artificio con la fuerza, nunca dexa de saberse reproducir. Desde el punto mismo en que advierte que no la temen, procura manifestarse con destreza. Muy débil para atacar, y demasiado orgullosa para ceder, intenta perpetuarse y sobrevivir á su derrota. Es una de aquellas imágenes tristísimas con que se caracteriza el monstruo, cuya cabeza debe quebrantar *Agustin*. Pero ¿que digo yo? Es un monstruo que á cada paso se reproduce. Todas las heregías de su tiempo debían experimentar el ardor de su zelo. ¡Ah! ¿que siglo hubo nunca mas abundante en heregías que el suyo?

Aun en medio de su ruina subsistía la impiedad Arriana. Los anatemas de la Iglesia la habían lastimado bastante; pero sostenida por los potentados, siempre combatida y jamás destruida, pensaba insultar atrevidamente á la fé que reynaba en Nicéa, y fiera y triunfante hasta en el tiempo mismo en que se veía humillada, no dexaba nunca de hacerse temer: meditaba varios proyectos, y se disponía, favorecida de los Wandalos, para emprender repentinamente una irrupcion en Africa. ¿En Africa? ¡O gran Dios! Aquel era el sepulcro que vos teniais destinado para su audacia. El Africa misma era quien debia dar á la Divinidad del Verbo un defensor como *Agustin*. Sí, christianos, *Agustin* es el que va

á dar los últimos golpes al Arrianismo rebelde.

Desde la cátedra de la verdad resuena y resplandece. Con su persuasiva elocuencia despierta á los pueblos adormecidos, y detiene los progresos de la heregía, arrebatándola sus primeras conquistas. En sus libros de la *Trinidad* (1), prueba con tanta solidez como ciencia la eterna generacion del Verbo y su consubstancialidad. Parece que como otro Pablo, elevado hasta el tercer cielo, penetró los secretos que á los demas mortales les eran desconocidos. En sus célebres conferencias siempre desarmaba ó confundia á sus enemigos.

En vano afectaba aquella columna del error, Maximino (2), confesar la fe de Rimini: lo mismo fué emprenderle *San Agustin*, que descubrir su errado modo de pensar, no pudiendo encubrir su afrenta el Obispo arriano aunque no queria confesar su vencimiento.

Pasencio (3), que por sí mismo habia solicitado el combate, reconoció bien presto en él un rival mucho mas fuerte que lo que se habia persuadido. Solo le quedó el frívolo recurso de vengar su manchada reputacion, ajando la de su vencedor. Mas la reputacion de este siempre supera á las calumnias que la heregía inventa.

Los Manichéos ¿experimentaron acaso suerte mas favorable? No por cierto. Su derrota habia precedido á la de los Arrianos. Siendo

Agus-

(1) Libro de la Trinidad.

(2) Hist. Ecclesiast. de Fleury.

(3) Baillet. Vida de *San Agustin* 28 de Agosto.

Agustin otro tanto mas á propósito para destruir las perniciosas opiniones de aquellos orgullosos filósofos, quanto conocia mas bien la debilidad de sus fuerzas, les puso en claro el hilo de sus secretas sofisterias. Humilló á Fortunato, desarmó á Fausto y convirtió á Felix. Zeloso defensor de la libertad de los hombres, los libertó del peligro en que se hallaban de ser esclavizados por los discípulos de Manes (1), como lo intentaban. Les hizo ver, que el hombre no podia abrazar el bien ni el mal sin que una libre y espontanea voluntad determinase su accion. Si los movimientos de la voluntad, decia nuestro Santo, no estuviesen en la mano del hombre, se hallaria este sin mérito alguno aun quando se entregase al bien, y no sería responsable á la culpa aun quando se abandonase al mal obrar.

Tan diferente era su modo de pensar al que le atribuian sus pretendidos discípulos. La doctrina de este santo Doctor, es mas bien la condenacion de sus errores que la justificacion de sus principios. Ya lo conoceis vosotros muy bien. Pero si *Agustin* era el defensor de la libertad contra los Manichéos, tambien era el escudo impenetrable de la Iglesia contra los Donatistas.

Yo no me detendré en referiros los admirables progresos que habia hecho en Africa el cisma de Donato. Ocultaré tambien á la gloria de nuestro Santo aquella conducta llena de dulzura que siempre supo oponer á la odio-

Tom. II.

L

sa

(1) *De Moribus Manichæorum.*

sa crueldad de los *Circunceliones*, cuyos monstruos se alimentaban muchas veces con la sangre y la carne de las víctimas que sacrificaban á su propio furor: ni haré cuenta de sus primeros combates, de sus primeros escritos, ni de aquellas obras (1) en donde explica tan sólidamente toda la quèstion de la Iglesia, su perpetuidad, extension, unidad y santidad, á pesar de los crimines de los christianos. Estos son unos débiles preludios de la confusion que esperaban sufrir los Donatistas en la famosa conferencia de Cartago.

En las ocasiones de importancia es en donde se ven los superiores ingenios. Os traeré aquí á vuestra consideracion aquellos dias para siempre memorables en los anales de la Iglesia, en los que no parecia haber juntado el error todas sus fuerzas sino para acarrear un triunfo mas resplandeciente á la Religion. En vano emprendió la defensa de su partido el traidor Petiliano, sostenido de trescientos obispos cismáticos: en vano intentaba escaparse de la tempestad que le amenazaba, por medio de la sutilezas adquiridas en el artificioso estudio de Barreau. Habla *Agustin*, y trescientos Obispos católicos le encomendaron á él solo la causa de la verdad. No fué necesario mas para que se agregasen todos los pareceres al suyo. Hasta sus enemigos aplaudian sus sucesos por medio del silencio que guardaban. Confundidos y desesperados ya, se valieron, como único recurso, de la calumnia.

Re-

(1) De la Unidad de la Iglesia.

Recurso débil, y presagio demasiado cierto de su ruina.

Al oir, pues, esta expresion, me parece que no os digo lo que debo, si callo la que el mismo *Agustin* disponia para la heregia mas sutil y peligrosa. Como ácia el principio del V. siglo, se presentó un hombre eloquente, insinuativo, é hipócrita refinado (1); artificiosísimo, reservado en sus discursos, disimulado en su conducta, modesto por afectacion, severo al parecer en sus costumbres, é ingenioso para lisonjear á la naturaleza orgullosa por medio de un sistema que encontraba en el espíritu del hombre una preocupacion favorable, y en su corazon un partido interesado. Pelagio, en fin, el qual sabia quitar desde luego, por sus estudiados artificios, la sospecha de una fé falsa. Diestro en preparar su fatal veneno, y prevalido de la reputacion que tenia acreditada en Palestina, Roma y Africa, sabia prestarse á la voluntad de aquellos que se empeñaban en seguir sus sentimientos.

Su heregia hacia otro tanto mayores progresos, en quanto era mas difícil de conocer, y á proporcion de los ningunos contradictores que habia hallado. Sin embargo debía imponer á la credulidad una heregia como esta, que dexaba libre al género humano de la mancha original, y volvía á poner á la naturaleza en su primitivo é íntegro estado, sin mancha ni defecto alguno, concediendo al libre albedrío

L 2

el

(1) Vida de Pelagio.

el poder conducir al hombre á la bienaventuranza eterna sin el auxilio de la gracia? Lo cierto es, que esta misma se veía abatida, destruida desde luego su necesidad, y, despues de todo esto, reducida á las instrucciones, á la ley, á la doctrina, y á los exemplos de Jesu-Christo, substituidos por la eficacia de sus méritos. Tal era el sistema de Pelagio. Sistema impío por cierto, el qual apenas fué conocido por la Iglesia, quando concibió un justo horror contra él. *Cæperunt horreri*. Dos concilios se juntaron, uno en Cartago y otro en Jerusalem, con ánimo de extinguirle. Apenas nació quando ya se vió anathematizado. En vano consiguió Pelagio por medio de su mafia ocultarse del concilio de Dióspolis (1). Por él se declaró Orthodoxo, y se condenó su doctrina. La misma suerte experimentó en otros tres concilios que hubo en Africa. La determinacion de estos, se remitió á la de Inocencio I, cuya decision no tardó en uniformarse con la de aquellos Obispos (2). Solo esperabas tú esta decision, ó Santo y glorioso Obispo de Hipona, para desplegar toda la fuerza de tu eloqüencia y erudicion contra la heregia.

En efecto, armóse *Agustin* del cuchillo de su voz, y empezó á dar contra el error (3). Como Pelagio cobró valor con las declaraciones de Celestino, y los artificios de Juliano de Eclana, intentó, con mil furtivos recursos,

(1) Mr. Molinier, Paneg. de S. Agust.

(2) Hist. Ecclesiást. de Racine.

(3) El Ab. de Leguy, Paneg. de S. Agust.

sorprender la Religion de los obispos Orthodoxos; pero *Agustin* lo precavió al instante. Roma ha hablado, decia él, y sus decretos han venido yá: *Rescripta venerunt*. ¿Por que, pues, se ha de remover una causa que está ya determinada y concluida? *Causa finita est*. ¡Quiera Dios que el monstruo del error, quebrantado por las excomuniones de la Iglesia, vuelva á entrar en el seno de las tinieblas de donde ha salido para no verle jamas! *Utinam aliquando finiatur error*.

Este fué, por decirlo así, el primer ensayo de *Agustin* contra el pelagianismo. No tardará en ser el alma de los concilios. Los demas Obispos le confiarán el delicado encargo de combatir, y sentenciar (1). Agitada la Iglesia, esperaba sus decisiones como si fueran otros tantos oráculos. El disputaba y escribia. Sondeaba el profundo abismo de la Gracia. Demostraba que el pecado de nuestro primer Padre Adan, habia llegado hasta nosotros; que al nacer el hombre le heredaba con la vida; que solamente la gracia, era el principio del mérito para la eternidad (2), y que una causa natural, solo podia producir virtudes morales, y estas estériles. Sabia, con justo discernimiento, establecer el poder de la gracia sin destruir los derechos de la libertad: explicar el como la gracia ni es, ni puede ser esclava de esta misma libertad, ni depender servilmente de ella, como si fuera de un tirano

L 3

(1) Hist. Ecclesiást. de Fleury.

(2) De la Gracia, y del libre albedrio.

que la sujetase, no gobernándola tampoco, ni siendo, en caso de hacerlo en algun modo, con demasiado imperio. En las obras de *Agustin* se ve, que la gracia y la libertad concurren juntas á la perfeccion de las buenas acciones del hombre (1), y que estas mismas buenas obras y acciones del hombre, son al propio tiempo el precioso don de la gracia, y la accion santa de la libertad. Ni la necesidad, ni la gratitud, ni la eficacia de la Gracia, se escapaban á su esclarecido zelo. Por todas partes demostraba que Dios es todo poderoso, y el hombre siempre libre. Ved aquí, pues, el compendio de su doctrina. Con ella condenó no solo á los errores de su tiempo, sino á los del nuestro y á los del que nos suceda.

Pero de las cenizas del Pelagianismo abatido acababa de nacer una nueva heregía. Por evitar un error imaginario, se originó un error verdadero. Los artificiosos Pelagianos, procuraban levantarse, extenderse y acreditarse. Unos hombres respetables por su estado y virtudes eran los autores de semejante idea. De aquí dimanaron para *Agustin* nuevos combates y nuevos triunfos. ¡Con quanta moderacion disponia la victoria! Un zelo acalorado á nadie respeta: mas tambien un zelo lleno de sabiduría trata las cosas con dulzura. No sabia usar de reprehensiones amargas, ni de vivezas sin tiempo ni orden. Defendía á la Religion sin herir á sus enemigos, y mas bien tiraba á moverles é infundirles piedad, que á con-

(1) Idem, *Ibidem*.

confundirles. Combatió su sistema, y logró mantener su reputacion. Aplicado solamente á refutar los principios peligrosos, y á simplificar las engañosas distinciones, hacia conocer que el error, por mas que se endulzase y suavizase, no por eso dexaba de serlo. Determinaba con claridad y exáctitud sobre la sensible oposicion que hay entre el modo de sentir de la Iglesia y el de Casiano. Su *Carta á Vital*, su *Libro de la Predestinacion*, y su *Tratado de la Perseverancia*, son otros tantos monumentos eternos que se depositarán en favor de la verdad. Con estas obras, hermanos míos, podemos desentrañar y reconocer la diferencia que hay tan esencial entre la proscripta doctrina de los Semi-Pelagianos y el sistema Orthodoxo de algunos teólogos modernos. La interesante malignidad, ha procurado, aunque en vano, confundir las dos opiniones: mas la Iglesia las distingue muy bien. La doctrina de nuestro Santo es diametralmente opuesta á la una: la otra se puede sostener con la autoridad misma de este Santo Doctor.

Acabemos ya con decir: que siendo *Agustin* el oráculo de la Religion contra los que atacan á su doctrina, es así bien su defensor, y, si me es permitido hablar así, una viva imagen contra los que la atacan en sus costumbres. *Manus ejus contra omnes*.

No es menos necesario mantener á la Iglesia en sus costumbres que en su doctrina. Por lo mismo se dirigian á uno y otro el objeto y los trabajos del ministerio de *Agustin*. Como tañ enemigo del vicio, se presentaba y habla-

ba en todas partes contra él: su modestia admiraba, su caridad atraía, su eloqüencia arrebataba, su erudicion persuadía, y con su dulzura triunfaba. Los pueblos enmudecian, se llenaban de mocion y convertian. El crimen se habia hecho ya odioso: la virtud amable. Los escándalos habian cesado, y la Iglesia de Hipona tomado otro semblante. En una palabra, conseguia otros tantos sucesos, quantas eran las empresas á que se determinaba.

Yo observo, que en una parte disminuía y aun quitaba las ceremonias profanas, que parecia autorizaban las reliquias del paganismo que habia quedado; habiendo abolido ademas la supersticiosa costumbre de celebrar el triunfo de los Santos con los mayores y mas iniquos excesos.

En otra, que á las murmuraciones de un pueblo sedicioso, oponia las victoriosas armas de la persuasion: confundiendo así á la rebellion audaz, y haciendo que renaciese dichosamente la paz entre el seno mismo de la discordia.

Como restaurador ya de la exácta disciplina, formaba, por medio de sus cuidados y exemplos, levitas virtuosos, ministros irreprehensibles y pastores perfectos. Y ya por medio de su regla (1) dió una nueva brillantez á la vida monástica. Sí, de la Regla de *San Agustin* os hablo. ¡Quanto celebrará yo que el tiempo me permitiera descubriros su plan, recordaros sus progresos y manifestaros su es-

(1) Regla de S. Agustin.

píritu! ¡O Regla admirable! ¡O escuela de todas las virtudes! Tú eres la que transmitirás su espíritu á los siglos mas remotos, y la que siempre le harás renovar en sus hijos.

Si christianos, aunque un indigno discípulo de *San Agustin* dexé á sus hermanos y aflija á su sagrada Religion, ¿quántos otros discípulos fieles tendrá que defiendan á su Patriarca, á la Iglesia y á la Religion? El vivo é impetuoso *Luthero*, romperá sus cadenas, y se huirá por no escuchar mas que al resentimiento y á la venganza; pero una multitud de héroes christianos hará que florezcan, baxo la Regla de *San Agustin*, los talentos sin orgullo, el zelo sin interes, y la obediencia sin reserva. Mientras que el herejarca arranca, digámoslo así, del altar á unas vírgenes inconstantes para hacerlas victimas de la desenfrenada luxuria, serán otras vírgenes generosas, baxo los estandartes de *Agustin*, milagros de honestidad y pudor, y mártires de la penitencia. *Luthero* mismo forma con su apostasia el elogio de aquellos á quienes dexa. Por ella se descubre el contraste de sus virtudes y de sus vicios. En medio de que abjuró la Regla de aquel Santo legislador, no dexaba de anunciar á todo el mundo, que los verdaderos discípulos de *Agustin*, debian ser, como este mismo Santo, los defensores y los modelos de la Religion. Pero ya no se debía mirar á nuestro Héroe como á padre suyo desde el mismo punto en que dexó de recogerle entre sus hijos. No dexéis, pues, de serlo los que verdaderamente lo sois

de este Santo tan esclarecido. Imitad siempre á tan grande modelo.

Y vosotros, los que sois dechado de un generoso desinterés, persuadíos á que no consagra *Agustin* los tesoros de la Iglesia sino á expensas de una santa y liberal caridad. Su noble desprendimiento llega hasta el punto de hacer participantes de los beneficios destinados para el santuario á los tímidos bienhechores, que ni aun tan siquiera se avergüenzan de no serlo como debieran.

Si le miramos como modelo de una perfecta modestia, veremos que él es la lumbrera de la Iglesia, y que su doctrina arregla las decisiones de los concilios. Me atrevo á decir, que lo que él ignoró, eso es lo que falta á las ciencias, y, segun dice el célebre Volusiano, lo que falta que saber en la ley de Dios. *Legi Dei deest, quidquid Augustino contigit ignorare.* Entre sus admiradores cuenta varios soberanos pontífices, y no pocos doctores entre sus discípulos; pero ademas admiro yo en *Agustin* otro prodigio. Este es el que en el mas sabio de los hombres advierto el hombre mas humilde. De tal suerte, que llegó á retractarse de varias proposiciones por solo creer que las habia soltado con demasiada ligereza. Como rígido censor de sus obras, léjos de disimularse los defectos, se los descubria y condenaba. En medio de la mucha gloria que adquirió por sus talentos, supo, sin disputa, excusarse á ella por sus virtudes.

En fin, si le consideramos como á un modelo de invencible constancia, advertiremos que

que no puso otros límites á sus trabajos que los de su vida. ¡Qué exemplo de zelo mas heroico que el que nos presentan los tristes dias que antecedieron á su muerte! En Africa se vió levantar una terrible tempestad, que, con sus rayos, esparcia una pavorosa luz por toda la faz de la tierra. Un monarca temible por su valor, famoso por sus conquistas, el apoyo del Arrianismo, el azote de la Iglesia, el terror del Universo, Gensericó, en fin, salió de España, y como si fuera una precipitada corriente, inundó el Africa con sus formidables batallones. Todo se rendia á sus victoriosas armas. Cirtha tiembla, Cartago se extremece, Hipona se ve afligida. El furor de un desenfrenado soldado ninguna ley respecta. Ninguna cosa es sagrada para él. El nombre de *Agustin*, tan celebrado en todo el Universo, parecia que daba un nuevo impulso y actividad á la rabia de los hereges. Se hacia preciso que el defensor de la verdad fuese ya su mártir. Este es el último exemplo que debia dar nuestro Santo á su pueblo. Encerrado, pues, en Hipona, que estaba ya casi reducida á polvo, no se contentaba aun, como víctima de la caridad, con gemir baxo la afliccion de su pueblo, volvió á encender el amortiguado fuego de su juventud, y, con intrepidez sin igual, visitó, exhortó y consoló á quantos pudo, ofreciéndose por último en sacrificio para aplacar la cólera del irritado Dios de las venganzas. El último suspiro fué un esfuerzo de su zelo. Murió, en fin, en medio de los trabajos de su apostolado y de las lá-